

miento de los errores propios puede significar el comienzo de la conversión, que es una de las tareas permanentes encomendadas por el Señor a su Iglesia y que, por consiguiente, es tarea que nos afecta individualmente a todos nosotros. Mas por encima de esta tarea está también la promesa de que el Señor no sólo acompañará a su Iglesia hasta el final de los tiempos en todos sus caminos y actuaciones, sino también la promesa de que él la consumará» (pág. 658).

Este manual puede resultar útil sobre todo a quienes ya tengan conocimientos básicos de Historia de la Iglesia, pues no es una simple iniciación, sino que contiene una cierta profundización en la materia.

Alberto VICIANO

Vicente BALAGUER, *Testimonio y Tradición en San Marcos. Narratología del Segundo Evangelio*, Edic. Universidad de Navarra («Colección Teológica», 73), Pamplona 1990, 250 pp., 16 x 24.

En los últimos años la Exégesis del Nuevo Testamento ha seguido mostrando especial interés por el Evangelio de Marcos. Entre las causas de esta preferencia pueden citarse la función primordial que se le asigna en la cristalización por escrito de la Tradición sinóptica y su vivacidad y lozanía narrativas. El libro de V. Balaguer se sitúa en esta línea de investigación, pero con una metodología tan novedosa como clarificadora y estimulante. Consiste en la aplicación selectiva del análisis narrativo, surgido desde la Lingüística estructural predominantemente francesa de los últimos años. El nombre de esta parcela del conocimiento que ahora va generalizándose es el de «Narratología», y es el que adopta el autor como subtítulo de su trabajo.

V. Balaguer, a través de varias técnicas conjugadas de análisis, va haciendo emerger diversos elementos que muestran la presencia de un testigo de los acontecimientos, que está como escondido detrás de la narración del Evangelista. Este testigo es denominado «narrador», distinto del «autor» del Evangelio, pero que ha sido fuente primordial de él y que ha dejado, perceptibles y respetados en el relato, trazas de su propia personalidad: su situación en la trama de los acontecimientos, su modo de ver a los personajes que intervienen en ellos, la posición desde donde «ve» lo que pasa, etc. Este testigo está presente en la mayor parte del relato de Marcos, pero no siempre (cambia en bastantes perícopas de Mc VI a XIV).

En el Cap. I (pp. 13-28) quedan bien expuestos el objeto del trabajo, las consideraciones previas y las líneas generales de la metodología. Según recapitula el propio A. en las *Conclusiones* (p. 239), ésta es «la orientación que ha tenido el trabajo: la búsqueda del yo-testigo en el Evangelio de San Marcos, su influencia en el origen de las perícopas y en la composición final del texto. Es un objetivo parcial, pero no puede negarse que es un paso previo necesario para construir un serio estudio teológico del Evangelio según San Marcos».

El Cap. II comienza, con la exposición de unas nociones y terminología previas, como instrumental para ser aplicado después al análisis del texto. Este se concentra en los «dos modos de representación» literaria de un acontecimiento (historia o ficción). Cita a varios teóricos de la Lingüística moderna. Seguramente, las nociones previas de las pp. 37-40 se podrían explicar de manera más clara. Aquí Balaguer parece que se ha dejado llevar de la tendencia hacia las explicaciones complicadas, habitual en los teóricos de la Lingüística. A partir de la p. 40, cuando expone los *connotadores de mimesis*, la exposición se hace de nuevo más clara, sobre todo cuando explica con cierta amplitud los conceptos y la terminología que aplica y cuando analiza los textos, indicando dónde están los connotadores de mimesis o *efectos de realidad* que aparecen de modo más o menos evidente, según los casos, pero en contraste con los Evangelios de Mateo y Lucas, donde esos connotadores se dan en muchísima menor proporción. En algunas ocasiones, Marcos coincide con Juan, frente a Mateo y Lucas, en especificar ciertos detalles, unas veces intrascendentes, otras simplemente significativos, del acontecimiento que narran (como, por ejemplo, el precio de trescientos denarios, que los murmuradores ponen al perfume de la unción en Betanis, o la mención, en la oración de la agonía del huerto, de que alejase de él aquella *hora*, en Mc 14,35 y Ioh 12,27). Balaguer considera que en esos casos, el Primer y el Cuarto evangelio connotan la presencia del «yo-testigo» en sus respectivos relatos.

Concluye el estudio de los *connotadores de mimesis* así: «Parece claro que no puede reducirse el testigo del Evangelio de Marcos a las pocas perícopas que, según algunos críticos, tienen un origen petrino. Por lo estudiado hasta el momento, parece más acertada la intuición de Lagrange que vislumbraba la influencia del testigo a lo largo de todo el Evangelio. Otros aspectos que pueden apuntarse —la existencia de un material presinóptico, la constatación de otros testigos oculares distintos a Pedro, etc.— deberán confirmarse, desde otros puntos de vista, a medida que avance el trabajo» (p. 61).

Diez páginas, de la 61 a la 71, se dedican a la *teatralidad*, noción y modo de representación por el que se «imita a las personas que obran en la realidad social sin tener el narrador papel alguno». Para el estudio de este modo de representación, el A. acepta tres marcas, que define debidamente: la escena, la gestualidad y el uso del presente histórico. Sucesivamente las analiza en el texto de Marcos.

En pp. 71-75 se ocupa de la *organización del universo del discurso*. Tras la presentación de bastantes pasajes, llega convincentemente a la conclusión de «la estrecha relación entre el discurso oral y la organización del discurso en Marcos».

La última parte del cap. II (pp. 75-87) está dedicada al interesante tema de la *mimesis en el relato de las palabras*. Contempla los tres tipos de discurso narrativo: directo, indirecto e intermedio, desgranándolos en los subtítulos de diálogos narrativizados (pp. 77-79), palabras omitidas por Mateo y Lucas (pp. 79-82) y, finalmente, *idiolectos* (pp. 82-87). En cada subtítulo va haciendo las aplicaciones y análisis correspondientes en el texto de Marcos y su comparación con los de los otros dos Sinópticos. Entre otras observaciones curiosas está de nuevo la coincidencia de Mc y Ioh frente a Mt y Lc en la frase «Dejadla, ¿por qué la molestáis?», de la Unción en Betania, que aparece en Mc 14,6 y Ioh 12,7, pero es omitida por Mt y Lc; y, durante la última Cena, la frase «el que come conmigo», anunciando al que iba a traicionar a Jesús, conservada en Mc 14, 19 y Ioh 13,18, pero ausente en Mt y Lc. Termina el cap. con unas conclusiones (pp. 87-89): «parece clara la influencia del testigo en el origen de la narración de Marcos (...). Pero estos rasgos no se perciben en algunas zonas del Evangelio de Marcos, como pueden ser el relato de la Pasión, el martirio de Juan Bautista, etc.».

Al final de su libro, el A. concluye a este respecto: «A lo largo del Evangelio de San Marcos afloran multitud de detalles, insignificantes para el sentido total o parcial del texto, que no pueden indicar otra cosa más que su mera presencia; si están en el texto es porque estaban ahí, en la realidad» (p. 239). «Tanto en el relato de las acciones como en el relato de las palabras, es fácil advertir que los modos del segundo evangelista son, en multitud de ocasiones, más teatrales que narrativos; San Marcos parece más empeñado en mostrar que en narrar. Y esto hace muy difícil la teoría que postula un origen del Evangelio con base en aglutinamientos progresivos. Parece más bien favorecer la opinión de quienes piensan en un testigo como punto capital de información» (p. 240).

El Cap. III (pp. 89-133) comienza por explicar el concepto de *focalización* (cómo y desde qué perspectiva o ángulo ha percibido el narrador

los acontecimientos y «qué canal» utiliza para transmitirlos, pp. 90-94), los modos de expresarse la subjetividad del narrador (pp. 94-96) y cómo percibe éste el acontecimiento (pp. 96-116). Sigue el análisis de bastantes perícopas.

Son interesantes las conclusiones desde la «focalización»: «En los primeros seis capítulos del texto, los verbos de modalidad interior se utilizan muy poco. En las contadas ocasiones en que se acude a ellos se aplican fundamentalmente a Jesús o a sus discípulos. Es un índice patente de que estamos, probablemente, ante una fuente testimonial que puede identificarse como uno de los discípulos que acompañaban a Jesús. El bloque formado por Mc 6-10 merece, bajo este aspecto, mayores matizaciones. Algunas perícopas, como la de la mujer cananea o el martirio de Juan Bautista, abundan en verbos internos de diversos personajes, pero los pasajes presentan tal coherencia que hay que apuntar un origen testimonial, aunque distinto al de los Apóstoles (...). Quizá pueda postularse para estas perícopas un esquema anterior que Marcos aprovecha junto con la fuente testimonial (...). En el relato de la semana de Pasión se hace notoria esta manera de narrar con una utilización restringida de los modos del autor omnisciente. Por tanto también parece adecuado proponer, para el origen de esos pasajes, un esquema anterior a Marcos que éste completa con un testigo» (pp. 109-110).

Un apartado dedica a «los modalizadores afectivos y evaluativos» (pp. 110-116). Un rapidísimo repaso del texto de Marcos desde este aspecto lleva al resultado de que «En los primeros diez capítulos del Evangelio las notaciones afectivas y evaluativas son continuas, por tanto es relativamente fácil admitir que, en estos capítulos, está latente la enunciación por parte de un observador *vinculado estrechamente con los personajes de la acción*, y por tanto presente en los acontecimientos (...). En los seis últimos capítulos del Evangelio, la presencia de los modalizadores afectivos o evaluativos es ocasional, lo cual apunta —desde un nuevo punto de vista— a que el sustrato de Marcos puede ser un esquema anterior que el segundo evangelista sólo modifica eventualmente en función de lo que aportan sus testigos oculares» (p. 116).

Otro largo apartado (pp. 117-133) es dedicado a lo que el autor llama «Situación del observador», cuyo cometido es explicado así: «Si el narrador primero no es un sujeto omnisciente, situado sobre los sucesos que narra, sino que es un testigo, tendrá que ocupar un lugar en el acontecimiento narrado. Este es el cometido que se propone la presente parte del análisis: (...) descubrir dónde está —o puede estar— en cuanto actante» (p.

116). Para ello pasa revista rápida a multitud de textos de Mc comparados muchas veces con Mt y/o Lc. El A. se muestra cauto, y revisa las posiciones de algunos estudios precedentes, especialmente de Turner y Tailor. Con ciertas reservas concluye que «la influencia del testigo en el segundo Evangelio recorre —si bien con resultados desiguales— todo el relato» (p. 133). «Mediante el estudio de la focalización se consigue averiguar la cercanía o lejanía del relator a los acontecimientos narrados; por otra parte, los puntos de vista adoptados por el narrador permiten establecer con claridad las fuentes de que se sirvió el evangelista para componer su relato. Es evidente para muchas perícopas que su origen (...) al menos debe atribuirse a uno de los Apóstoles. Con todo, se reconocen también en pasajes muy concretos otras fuentes. Así, por ejemplo, en el relato del martirio de Juan Bautista: el análisis descubre a un relator presente en los acontecimientos y vecino afectivamente a Herodes; y ambos datos son difíciles de imputar a alguien del grupo apostólico. Semejante manera de proceder se atisba también en la perícopa sobre la sirofenicia (...). De la misma manera, hay que reconocer un programa narrativo propio en los pasajes que van desde la Crucifixión de Jesús hasta el final de las apariciones (...). Pero el estudio pone al descubierto también que no puede aplicarse este esquema de una enunciación personal a todo el relato evangélico. En efecto, grandes espacios entre los capítulos seis y catorce del Evangelio resisten esta caracterización» (pp. 240-241).

El tema de *las voces del relato* es tratado en el Cap. IV (pp. 135-162). Comienza por exponer los conceptos que va a emplear: (pp. 135-137); «las voces de la emisión» (pp. 137-139); «las voces de la recepción» (pp. 139-140); la noción de distancia (pp. 140-141), pasa después a su aplicación al texto de Mc de manera sistemática y rigurosa (pp. 142-152). Como avance provisional escribe: «Desde estos horizontes, puede concluirse que el Evangelio de Marcos apunta ciertamente a una predicación apostólica sobre acontecimientos reales» (p. 152).

La última sección del cap. la dedica al «narratorio del segundo Evangelio» (pp. 152-161), partiendo del concepto de narratorio como «aquel en quien piensa el narrador como interlocutor al enunciar su relato» (p. 152). Es clave también el concepto de «presuposición», con la que se designa el conocimiento o desconocimiento que el narrador «presupone» que tiene el narratorio de las cosas y circunstancias que menciona y que, por tanto, no tiene o sí tiene necesidad de explicar. En las pp. 161-162 saca unas conclusiones acerca de las características del narratorio del segundo Evangelio (coincidente en parte y más preciso, también en parte, con las características que la exégesis moderna, en general, ha atribuido a los «destinatarios»

del Evangelio de Marcos), pero de modo prudente añade que esas conclusiones se revisarán en ámbitos más abarcentes, como el «uso del tiempo» y la «estructura», cuestiones de las que se va a ocupar en los capítulos siguientes.

En efecto, el Cap. V está dedicado al estudio de *El Tiempo* (pp. 163-207). La base de los análisis es la distinción entre el «tiempo real» de una historia (en el caso del Evangelio sería seguramente un poco más de tres años) y el «tiempo del discurso narrativo» (el relato de Marcos puede ser leído en poco más de una hora). La discontinuidad entre ambos tiempos es la que suministra la capacidad de análisis: ser coetáneos; el tiempo del discurso narrativo es lineal, los acontecimientos, deben ser narrados como sucesivos. Las relaciones entre ambos tiempos son analizadas desde tres códigos: «Orden» en un tiempo y otro; «rapidez» o «duración» del tiempo del relato: «frecuencia», esto es, un acontecimiento puede ser callado, resumido, referido una vez, repetido (pp. 163-164).

Del análisis del tiempo en el Evangelio de Marcos, el A. extrae algunas conclusiones que apuntan a que Marcos es un narrador 'digno de crédito', que cuenta lo que sabe y calla lo que no sabe (p. 204).

Finalmente, el Cap. VI aborda el tratamiento de la *Estructura* (pp. 209-242). Hay una marcha de aproximación desde la *estructura* literaria *superficial* (pp. 209-216), en la que revisa los trabajos de la moderna exégesis sobre el Evangelio de Marcos, al estudio de la *estructura profunda* (pp. 116-123). A partir de ahí entra de lleno en la investigación de ésta, con la intencionalidad de no contentarse con una meta puramente literaria o lingüística, sino alcanzar «un juicio sobre los contenidos del mensaje que privilegia San Marcos» (p. 224). Si he interpretado bien, podemos expresar esquemáticamente del modo siguiente las conclusiones de V. Balaguer:

a) Mc 1,1-13 constituye una *Presentación de Jesús declarativa*: Jesús, Hijo de Dios.

b) Mc 1,14-15: Introducción de la sección siguiente.

c) Mc 1,16-45: Constitución progresiva de los grupos de actantes ayudantes (primeros discípulos) y oponentes (fariseos y escribas).

d) Mc 2,1-3,35: Estabilización del *grupo de los Doce* a través de varios conjuntos de perícopas, en las que hay curaciones milagrosas, disputas con escribas y fariseos e inquietud de familiares de Jesús.

e) Mc 4,1-6a: A través del discurso parábólico (4,1-34) y de varios milagros (4,35-5,43), *Jesús proclama la llegada del Reino* de Dios o Evangelio. Mc 6,1-6a resalta la *función de la fe* en la realización de los milagros

y del Reino. En realidad, Mc 6,1-6a es el corolario de 4,1-5,43. Por ello, puede hablarse de que 4,1-6, 6a forman una sola sección.

f) Mc 6,6b-10,52: En estructura de superficie esta sección está compuesta de un conglomerado de perícopas diversas, sin un plan bien determinado, al parecer. Sin embargo, en estructura profunda parece que hay un tema común, que son las relaciones de Jesús con los Doce. Este tema de fondo daría sentido a esas variadas perícopas: frente a un balbuciente, a veces titubeante, reconocimiento de la identidad de Jesús por los Doce, que da sentido a algunos milagros ante ellos, y que culmina en la confesión de Cesarea de Filipo (Mc 8,27-30), hay un desconocimiento o repulsa por parte de otros sectores: Herodes, ante la creciente fama de Jesús, piensa en Juan Bautista redivivo; las insidias de escribas y fariseos justifican los viajes de Jesús por zonas no judaicas, con cierto carácter de huida prudencial. La confesión de la mesianidad de Jesús por los Doce, ha de ser purificada de elementos nacionalistas judaicos: de ahí los contrapuntos de la Transfiguración y de los tres anuncios de la Pasión. Los variados episodios y los menos frecuentes milagros, tienden constantemente a la formación de los Doce; tarea continua de Jesús que puede dar unidad a toda esta sección.

g) Mc 11,1-16,14: Pasión, Muerte y Resurrección. Balaguer considera que este bloque constituye una sección, aunque puedan distinguirse unos conjuntos dentro de ella. Los Doce siguen formando grupo en torno a Jesús. Las muchedumbres continúan de actantes ayudantes suyos. Se agudiza la acción oponente de fariseos, herodianos, príncipes de los sacerdotes y saduceos. El texto conduce al desenlace dramático de la Pasión, junto con el abandono de los Doce. La Resurrección es relatada más bien como cosa sabida: Se mencionan el hecho (16,1-8) y las manifestaciones (16,9-14) de modo breve.

h) Mc 16,15-20: Mandato apostólico.

V. Balaguer presenta en la longitud de una página (pp. 234b-235a) un esquema general del «plan de Marcos», fácilmente comprensible para el lector de su libro. En los párrafos precedentes he pretendido mostrar, de modo más amplio para quienes no tienen el libro a la vista, una interpretación desarrollada del esquema que se deduce —en mi entender— de todo el libro, especialmente del capítulo VI.

Todo el libro es denso y sintético. No me cabe duda de que el trabajo que ha realizado aquí V. Balaguer es programático y servirá como paradigma o *pattern*, para aplicar su metodología a otros muchas investigaciones en los textos del NT, especialmente de los Evangelios.

Para concluir esta reseña de *Testimonio y Tradición en San Marcos*, no dudaría en afirmar que constituye uno de los estudios más conseguidos e importantes acerca de los elementos formales que entraron a formar parte del texto evangélico. Ello implica —aunque el A. no lo pretenda directamente— una revisión a fondo de la cuestión de las fuentes y de la formación literaria del Segundo Evangelio, aspectos sobre los que proyecta nuevas luces. Asimismo, ofrece una excelente investigación sobre la estructura profunda de temática del Evangelio de Marcos.

A lo largo del libro aparece un conocimiento inteligente de la moderna Lingüística, excelente capacidad crítica para elegir aquellos aspectos más útiles; relevante imaginación creadora para plantearse los problemas; sentido y tacto prudencial para buscar las vías de solución.

J. M^a CASCIARO